

**Celebración de la Pasión del Señor  
Catedral de Chillán, 3 de abril de 2026**

“Sabido que ya todo estaba cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: ‘Tengo sed’. Había allí un recipiente lleno de vinagre; empaparon en él una esponja, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. Después de beber el vinagre, dijo Jesús: ‘Todo se ha cumplido’...” (Jn 19,28-30).

Ante la muerte del Señor, queridas hermanas y hermanos, solo habría que callar y dejarse conmover por su amor expresado en su pasión.

No se trata de una casualidad, sino de una determinación. La muerte de Jesús voluntariamente aceptada por él, obedece a su adhesión al plan de su Padre: “Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna” (Jn 3,16).

En efecto, en la descripción de la muerte del Señor se enfatiza su plena consciencia de estar realizando dicho plan: “Sabido que ya todo estaba cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final...” (Jn 19,28).

Nada escapó de su dominio, incluso con su último despojo humano, la relación humana más íntima que poseía: la de un hijo con su madre. Desde la cruz se desprende de ella: “Mujer, aquí tienes a tu hijo” (Jn 19,26), haciendo de María nuestra madre en la fe: “Aquí tienes a tu madre” (Jn 19,27).

Jesús muere consciente de lo que le está sucediendo: está cumpliendo la voluntad de su Padre.

Pero, ¿Podía Dios Padre querer directamente el sufrimiento, el escarnio y la muerte violenta e injusta de su Hijo, cordero inocente? No, absolutamente.

Dios Padre solo la permitido, pues, por un lado, la muerte en cruz de Jesús manifiesta humanamente la hondura del amor divino y, por otra, testimonia el abismo en que nos encontramos sin la gracia salvadora de Dios: somos capaces de asesinar al Hijo de Dios.

Con esta consciencia Jesús exclama: “Tengo sed” (Jn 19,29), asociándose a la oración de Israel con el salmista: “sed de ti tiene mi alma” (Sal 62[63],2), expresando que muere por la humanidad sedienta de amor y de paz; por las generaciones y generaciones que de una u otra manera han suplicado por el agua viva que podía saciarlos y no lograban acceder a su fuente. Sobre la cruz comienza a ser realidad la bienaventuranza: “Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (Mt 5,6).

Luego, le ofrecen una esponja empapada con vinagre, y habiendo bebido solo un sorbo, Jesús dice sus últimas palabras: “Todo se ha cumplido.” (Jn 19,29), al unísono con el salmista que clamaba: “para mi sed me han dado a beber vinagre” (Sal 68[69],2), pues como durante toda su vida, sólo busca el cumplimiento de la voluntad del Padre.

¿Y después?

“E inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (Jn 19,30).

Entrega su espíritu y así la hora de Jesús es también nuestra hora: la hora de la Iglesia, por el don del Espíritu Santo que Él comienza a derramar sobre nosotros.

Sí, participamos de esta hora principalmente por el Bautismo y en la Eucaristía, simbolizados en la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo traspasado por la lanza. En efecto, por el Bautismo fuimos sumergidos místicamente en su sangre salvadora y renacimos a una vida nueva como hijas e hijas de Dios. Y en la Eucaristía participamos de su muerte y resurrección, siendo alimentados con su Palabra de vida y con su Cuerpo y Sangre.

Tú y yo, nosotros, hagamos silencio y participemos con atención de la hora del Señor.

Es su hora; es nuestra hora.

Amén.

+ Andrés Gabriel Ferrada Moreira  
*Arzobispo-Obispo de Chillán*